

## JOSE C. VALADES

Nació en Mazatlán, Sin., el 1o. de diciembre de 1901. Murió en 1975 en México.

Diplomático e historiador. Es uno de los investigadores más sólidos en la actualidad.

Ha publicado, entre otras, las siguientes obras: *Alamán. estadista e historiador* (1938); *El motín político; Historia de un régimen*, 2 v. (1941); *El porfirismo; Santa Anna y la guerra de Texas* (1936); *Las caballerías de la Revolución (hazañas del general Buelna)* (1937); *Topolobampo, la metrópoli socialista de Occidente (apuntes para la historia de la Ciudad de la Paz)* (1939); *Don Melchor Ocampo, reformador de México* (1954); *El pensamiento político de Benito Juárez* (s.a); *Breviario de historia de México* (1949); *Breve historia de la guerra con los Estados Unidos* (1947); *Investigaciones históricas* (1938-39); actualmente edita una *Historia de la Revolución Mexicana* en varios volúmenes.

Fuente: José C. Valadés. *Don Melchor Ocampo, reformador de México*. México, Editorial Patria, S. A., 1954. 422 p., ils., facs., p. 249-255.

### MELCHOR OCAMPO

Cuando un hombre ha orlado su premadurez de triunfos políticos y por lo mismo no ha sentido las laceraciones del infortunio ni las angustias de la derrota, podrá tener un capítulo brillante en la historia de su país; pero será incapaz de hacer una obra a su modo y pensamiento. Así, si los adalides mexicanos del conservadurismo y de la moderación no tuvieron aptitudes para formar el cuerpo político de la nación mexicana se debió a que ignoraban los tiempos mayúsculos y minúsculos de la gimnasia política. Con esto, dejaron los bosques laberínticos y los páramos amenazadores a quienes, como don Melchor Ocampo, no provenían de la vida muelle, ni eran temerosos a las intolerancias de partido, ni consideraban los defectos por injurias.

Por lo mismo, cuando Ocampo se opone a los designios de todos aquellos exornados desde los días de la independencia, más parece ser un jugador de proyectos que un guía inteligentemente pertinaz y pertinazmente inteligente. Y Ocampo esplende para iluminar, e ilumina para triunfar, cuando no

sólo construye la base de hierro y cemento para un estado mexicano (porque Ocampo no pretende sojuzgar al clero, ni apoderarse de la iglesia, ni extinguir la religión, ni propagar la irreverencia), sino también da doctrina a la idea del ser individual. Después de la tenacidad del señor Ocampo, la reforma persiguió invariablemente el pensamiento de la unidad y continuidad de la nación mexicana, por una parte; hizo principio insustituible el de la libertad del hombre, por otra parte.

Muy difícil sería hallar un mexicano más, durante la primera mitad del siglo XIX, que haya blandido simultáneamente, como Ocampo, la barra de su muñeca y la magia de su cerebro. Muy contado también sería dar con un hombre de México que, dejando las idealizaciones a su capítulo, haya tenido la audacia de provocar las grandiosidades del espíritu. como incontestablemente lo hizo Ocampo.

Coger con los dedos los párpados del individuo para abrirlos a la luz del entendimiento, es obra nada vulgar y por lo mismo ajena a los poltrones aureolados. Tal fue el mérito de don Melchor Ocampo, cuando México, debido al hábito del silencio individual, no conocía, y quizás temía, al influjo de la dialéctica.

Y si es verdad que ya a los últimos días de 1852, el señor Ocampo estaba convencido de la incurable debilidad de don Mariano Arista, todavía le animaba a mantener la unidad y la continuidad del estado mexicano, en el caso que don Juan Bautista Ceballos aceptase varonilmente el mando político de la república.

Aunque Ceballos tenía figura de mucha prestancia y autoridad, no por esto dejaba, como se ha visto, de ser persona con muchos vericuetos. De él decíase que, para significar su decisión y hombradía, acostumbraba a enseñar con el apoyo de su adustez y silencio, el puño derecho. Esto no obstante, cuando llegaba la hora de la resolución, siempre tenía un argumento a la mano para justificar una corajina enjaulada; y aunque el señor Ocampo no ignoraba, en buena razón y experiencia, las actitudes oscilantes de don Juan Bautista, a los claros indicios de las inarticulaciones del gobierno del señor Arista, creyó una vez más hallar en Ceballos, como se ha dicho, el puente de la constitucionalidad.

Sin embargo, dejando a su parte las virtudes y defectos de don Juan Bautista Ceballos, para la empresa animada por

Ocampo, era indispensable un punto de apoyo político y militar; pero extraños los amigos de don Melchor al viejo ejército y sin tener en sus manos un estado de la república de substancialidad política y tesoro económico, ¿cómo sería posible amacizar el gobierno de Ceballos?

Hay en tal propósito un casi incomprensible fusilazo; pues nunca será útil una bandera sin asta en la cual flamear. El mismo Ocampo ha de observar cómo avanzan los males para enflaquecer el mando del estado de Michoacán. Intentará detenerlos; pero el poder económico y social del enemigo ha de ser superior. Verá sucumbir a otros gobernadores liberales y al propio gobierno aristarco. Asistirá, igualmente, a la desbandada del partido moderado. Todavía ha de esperar con firmeza. Quizás cree en el poder extraordinario de su partido y principalmente de quienes le rodean; y cuando sabe que la guarnición de Morelia está en tratos con los rebeldes, que varios diputados han abandonado sigilosamente la ciudad y que la policía ya no obedece órdenes, reúne a sus viejos amigos y les invita a perseverar en la guerra. Mas entonces, y sólo entonces, queda pasmado. La mayoría de los circunstancias le indica la conveniencia de una renuncia al gobierno del estado. Don Melchor desecha la proposición y disuelve la junta. Continúa creyendo en su autoridad. Quiere salir a la calle, dirigirse al pueblo, marchar sobre los sublevados. Es tarde. Morelia está de hecho en manos de los contrarios. El gobernador sólo cuenta dos amigos: don Santos Degollado y el doctor José María Manzo, a quien los voluntarios liberales han dado el nombramiento de general.

Ocampo insiste en aguardar. El es gobernador constitucional, elegido libremente por el pueblo. Da órdenes. Mas ¿quién las obedece? Así se convence de estar perdido. Va a firmar su renuncia. Es el último día del año de 1852. Don Santos Degollado le detiene. Quizás don Juan Bautista Ceballos posea, en la ciudad de México, la autoridad necesaria para reprimir la revuelta.

Ansiosamente espera el señor Ocampo noticias de la capital de la República, que al fin llegan. El presidente Ceballos, en alas de la casta paz, pide al gobernador de Michoacán, y pide también al comandante militar, general Miguel Zúñiga, que invite a los pronunciados a dejar las armas, a cambio de lo cual el gobierno les dará perdón y tranquilidad. Ocampo.

ordena Ceballos, ha de convencer a los rebeldes sobre los bienes de la tranquilidad y los males de la guerra.

El señor Ocampo se indigna. No; no es eso lo que esperaba. ¿Cómo es posible que los revoltosos no reciban castigo? ¿Adónde está la autoridad nacional? ¿Cómo puede el gobierno transigir con quienes han desconocido y atacado al gobierno? Ocampo contesta en el acto al Presidente interino de la República, advirtiéndole que si la revolución no es castigada, él no transigirá con los rebeldes; y al efecto, ya sin titubeos, renuncia.

Tomada esta resolución, a las tres de la mañana del 25 de enero de 1853 el señor Ocampo escribe una carta y otra carta. En la habitación contigua al modesto despacho del gobernador (que todavía no está en el edificio del seminario tridentino de Morelia) esperan el licenciado Francisco Benítez y la joven Josefa Ocampo. Fuera, en la calle, hay una diligencia lista a partir.

En borrador deja el señor Ocampo una renuncia. "El estado de mi salud (dice) no me permite continuar en el gobierno. Deseo que no se atribuya a cobardía por el peligro mi retirada del gobierno." Sin embargo, no hace público tal documento. "¿Para qué da usted explicaciones?", le ha preguntado el licenciado Benítez. Don Melchor lo escucha y redacta una segunda renuncia; y poniéndola bajo cubierta, la dirige al consejero decano don Francisco Silva. Pero éste es un documento circunstancial. Otro, otro más, es el que le interesa; pues desea fijar cuál es la pena que le azota al dejar el gobierno del estado: la de no haber podido hacer por el colegio de San Nicolás todos los esfuerzos que se proponía. ¡Cuán sinceramente —dice— ama a los catedráticos y alumnos! Y tanto es el cariño para el colegio que cuando ya está con el pie en el estribo manda al regente, don Santos Degollado, un telescopio y un microscopio que tenía ofrecidos a la institución.

Y no es todo. Don Melchor sigue a la mesa de trabajo, a pesar de estar advertido que la tropa de Morelia se ha unido a los pronunciados. El señor Ocampo escribe en esta vez en papel ordinario y sin fórmulas caligráficas: "...recomiendo al señor Alcaraz, que fue mi secretario, recabe del señor Silva que me reemplaza satisfactoriamente, la autorización de un decreto que dejo en prensa, en el cual dispongo que restablezcan en ese colegio de San Nicolás Hidalgo una biblioteca pú-

blica, un museo, un laboratorio de química y un gabinete de física.”

Hermoso hombre éste, quien a la hora del receso obligatorio, haciendo a un lado las flaquezas que generalmente acarrean las separaciones del poder: el despecho, la amargura y la envidia, hizo sobresalir su devoción a la alta cultura.

Tampoco olvidaba el señor Ocampo, a la hora de partir, otras promesas hechas al colegio si era establecido el museo. Ofrecía obsequiar a éste objetos de microscopía, histología y herpetología, así como piezas de zoología, paleontología, geología y geodesia. De todo había llevado cuenta y razón: de las compras de los instrumentos científicos hechas en París por conducto del capitán de navío José Ives Limantour, de la lista de contribuyentes para la adquisición de un teodolito, de la pérdida de un lente celeste. ¿Cómo, pues, no estaría siempre don Melchor Ocampo “en todos los corazones nicolaítas”?